

J.M.G. Le Clézio

DIARIO DE UN BUSCADOR DE ORO

Traducción de José de la Colina

En Rodríguez todo se sabe. Ahora apenas puedo ocultar lo que he venido a buscar. Y sin embargo, eso que he venido a buscar ¿tiene realmente un nombre? ¿Cómo podría decirlo? Por supuesto, tienen una mirada irónica, con una leve inquietud, esos "gentlemen", esos "bourgeois" de la buena sociedad, el director de la Barclay's, el dueño del hotel de Punta Venus —¿qué puede esperarse de este montón de piedras salvajes, si no es un tesoro? Sí, eso es, y aquel hombre que murió hace cincuenta años, que vino aquí a la aventura, ¿qué buscaba? ¿Acaso no era un tesoro, el botín fabuloso procedente de las rapiñas de La Buse, o de England, el oro y las joyas del Gran Mogol, los diamantes de Golconda? ¿O tal vez no sería el botín de Avery, que, según decía Van Broeck, habría capturado el tesoro que el Mogol Aureng-Seb dio en dote a su hija, y que estimaba en más de un millón de libras esterlinas? Avery, que en sus tiempos tenía la reputación de haberse convertido en un "reyecito", había capturado el barco del Gran Mogol que iba hacia la Meca con su séquito. Entonces, cuenta Charles Johnson en su *History of Pyrates*, "desposó a la hija del Gran Mogol, después tomó la ruta de Madagascar" y pronto abandonó su nave y su tripulación y sin duda su tesoro (oculto en alguna isla), para ir a Boston, a las Américas, en las cuales vivió un tiempo antes de volver para morir en la miseria en Bristol. ¿Qué había sido entonces de su mujer, la hija maravillosa (sólo es posible imaginarla bella) del mogol Aureng-Zeb?

¿No era también esto lo que buscaba mi abuelo, en este decorado de malezas y de lava, aquí, en uno de los lugares más pobres y desolados de la tierra? Porque el tesoro era todo eso, era la aventura fabulosa del "Privateer", la leyenda del gran Mogol y de sus vasallos, Nizam el Moluk en el Deccan, Anaverdi Khan en Arcot, la capital del famoso Carnatic (también llamada Coromandel), guardada por sus dos fortalezas de Gingi y de Triquinópolis. Era también la quimera del dominio de Golconda, al norte de Carnatic, una fortaleza inexpugnable, construida en lo alto de una roca a tres leguas de la ciudad legendaria de Hayderabad. Allí estaba encerrado, según la leyenda, el fabuloso tesoro de los "Nizam", los vasallos del Gran Mogol, que lo habían reunido durante siglos. Los diamantes de Golconda habían sido el sueño de los conquistadores llegados de Portugal, de España, de Holanda, antes de hacer delirar a los atracadores del mar a finales del siglo XVIII. Sueño hueco, porque cuando entraron por fin en el Deccan, los conquistadores europeos no descubrieron El Dorado que esperaban, sino la pobreza de la ciudad y los pueblos en un territorio donde había más polvo y moscas que oro. ¿No era el mismo sueño que se había desvanecido cuando Coronado, creyendo descubrir las ciudades de Cibola, de techos de oro y pedrerías, llegó finalmente ante las aldeas de barro seco de los Pueblos, y no

era el mismo sueño cuando René Caillé entró por primera vez en Tumbuctú y vio que la ciudad misteriosa no era en realidad más que una reunión de camelleros?

¿Cómo pudo mi abuelo creer en la leyenda del tesoro de Golconda, y sobre todo en la leyenda de la dote de la hija de Aureng-Zeb capturada por Avery? En la época en que Avery assolaba el mar de la India, es decir entre 1720 y 1730, ya no era Aureng-Zeb el que reinaba en la India sobre los nababs y suhabs, sino un usurpador, llamado Mohamed Shah, que había derrocado en 1720 a Farruk Siyar, que a su vez era primo de Shah Allan y de su hermano Djahandar, hijo de Aureng-Zeb que había muerto en 1707. En cuanto a los piratas —aquellos a los que mi abuelo llama "Privateers"—, no comenzaron a navegar en el mar de las Indias sino cuando fueron expulsados del mar de las Antillas, es decir desde 1685. Esto coincidía, por lo demás, con la expansión de las tres grandes compañías mercantiles, la Compañía de los Países Lejanos para Holanda (fundada en 1595 en Amsterdam); la Compañía de los Mercaderes Traficantes en las Indias Orientales para Inglaterra (fundada en 1600) y la Compañía de las Indias Orientales para Francia (fundada por Colbert en 1664). Los predadores del Océano Indico —Taylor, La Buse, Avery, Cornelius, Coydon, John Plantain, Misson, Tew, Davis, Cochlyn, Edward England y tantos otros— sólo adquirieron su gloria gracias a esos gigantes a cuyas expensas vivían: esas formidables compañías mercantiles que fueron los primeros verdaderos agentes de la colonización europea y abrieron la ruta de Oriente, primero por medio de intercambios pacíficos, luego por la violencia armada, dividiendo territorios, océanos, repartiéndose entre ellas esa mitad del mundo.

Este pasado extraordinario que se halla en el corazón del tesoro, ¿no es el secreto de esos movimientos de digestión del mundo de una Europa entonces triunfante? Ir en busca de esos mares y esas islas, por donde pasaron antaño los barcos, recorrer el inmenso campo de batalla en que se enfrentaron los ejércitos y los forajidos, era tomar parte en el sueño de El Dorado, intentar compartir, casi dos siglos después, la embriaguez de esta historia única: cuando las tierras, los mares, los archipiélagos no habían sido aún encerrados en sus fronteras, y los hombres eran libres y crueles como las aves del mar y las leyendas aún parecían abrirse al infinito.

Tierra Quemada: negra, dura, hostil al hombre. Tierra indiferente a la vida; rocas, montañas, arenas, polvo de lava.

Caos basáltico de la bahía malgache, conos áridos, lunares, que mi abuelo anotó en sus planos, que servían, decía, de puntos de referencia para los navegantes: el Limon, el Malartic, el monte Patate, el monte Lubin, el Bilactere, el Charlot, el pico Malgache, el Coup-de-sec, el Diamant. Los

arroyos, los barrancos, que cavan el flanco de las colinas, van derechos al mar: ranuras sin agua, profundas como arrugas, que muestran el interior negro y polvoriento de la tierra, heridas y cicatrices que un simple golpe de viento borra, hace desmoronarse. ¿Cómo pudo confiar mi abuelo en hallar aquí huellas humanas, un recuerdo viejo de dos siglos? ¿Cómo pudo, un año tras otro, buscar la sombra del "Privateer" entre estos peñascos, bajo este cielo, viendo siempre la misma forma de los montes, parecidos a gigantes derruidos? ¿Hay alguna otra cosa que dure más que el viento, la luz y el mar? La lava, tal vez, increíblemente dura, pero ella aparece y se oculta al capricho de las tormentas o de las avalanchas de polvo negro. Las rocas de lava parecen osamentas negras, quemadas, que resbalan sobre sí mismas, o remontan a la superficie por el empujón de la tierra, juguete en manos de un dios desconocido.

¿Esos son los signos que han guiado a mi abuelo, cuando trazaba sus planos de busca? Pero son más engaños que signos, esos bloques de lava que cambian de lugar en cada estación, que surgen de pronto en medio de los aluviones del río Roseaux, o desaparecen, engullidos por el fango del pantano. ¿Cómo creer en tales signos?

Y sin embargo: ¿cómo no ver en este paisaje desértico, moldeado por el viento y la lluvia, impregnado de sol, la expresión de una voluntad? Mensaje dejado como con descuido por algún gigante terrestre, o bien dibujo del destino del mundo. Signos del viento, de la lluvia, del sol, trazas de un orden antiguo, incomprensible, parecidas a esos graffiti grabados en la lava, al oeste de Nuevo México, o en el monte Curutaran, en el centro de México. Me parece, mientras camino aquí, al fondo de este valle, entre las colinas negras, que soy un recién llegado a otro mundo que no pertenece a los hombres modernos y ni siquiera a los piratas: el mundo de antes de los hombres. Aquí el silencio, el viento, la luz, y todavía siento bajo los pies el fuego profundo de la tierra. Veo las raíces de los vacoas, de los tamarindos aferrados a la tierra ardiente, veo esas hojas lisas, agudas como cuchillos, y comprendo que ese mensaje que busco, que está escrito en el fondo de este valle, no puede dárseme, sólo me puede rozar. Como una palabra que vendría de un extremo del tiempo y que volase derecho delante de sí misma, hacia el otro extremo del tiempo.

Ante la belleza de este paisaje sencillo y puro: líneas de colinas desolladas, líneas del mar, bloques de lava que emergen de la tierra seca, caminos de los arroyos sin agua, pienso en los complicados trazados de mi abuelo, aquellos planos, aquellas redes de líneas, parecidas a telas de araña, para capturar el secreto desaparecido. Es verdad, eso puede parecer absurdo, inútil, un enredo, un lío que ocultaba entonces la realidad de esta isla pobre, de esta tierra desnuda, donde la vida de un insecto y de una planta es ya un enorme milagro.

Pero ¿acaso sería esto necesario? Sin esos trazados de líneas, medidas de ángulos, puntos de referencia, ejes este-oeste, cálculos minuciosos de los puntos ¿habría existido esta tierra, habría tenido alguna significación, habría tomado forma bajo sus ojos; quiero decir: no ya como cualquier punto indiferenciado del planeta, sino como esta "Ensenada de los Ingleses" escogida por el "Privateer" para esconder su oro y sus diamantes, es decir uno de los lugares más poderosos y más secretos del mundo? Así hacían los primeros hombres cuando daban nombre a los lugares de la tierra, montañas, ríos, pantanos, bosques, llanuras de hierba o de piedras, para crearlos al mismo tiempo que los nombraban.

Entonces cada parcela de este paisaje se convierte en un símbolo. El "pantano donde se amarga el mar", cerca del estuario del río Roseaux, la curva lenta del río hacia el este, luego hacia el sur, las colinas sombrías del oeste, dominadas por la "Cima del Comendador" en forma de M mayúscula. La apertura del barranco al este, con su callejón sin salida y su cerrojo de piedras, y la gran roca tallada en forma de M mayúscula que corresponde al signo del oeste. En fin, las dos piedras contrastadas, una al oeste, otra al este, trazando la línea geoméricamente perpendicular al eje trazado por el curso general del río. El punto O, "figura del arganeo marino cabado en hueco en la piedra", y todos los puntos que determinan este paisaje, le dan un sentido, una historia.

El punto S: "Otra figura del arganeo, más grande y menos acentuada, pues la naturaleza de la piedra no se presta a un trabajo tan cuidado como el del punto O. El corsario ha utilizado para estas marcas, como puede verse, piedras fijas."

El punto R: "Rincón netamente contrastado en la piedra, uno de cuyos lados está dirigido hacia el punto Z."

El punto Z: "Enorme joroba en forma de fuste de columna, enterrada perpendicularmente en el suelo, y cuya cima, adelgazada por dos paneles paralelos, estaba dirigida hacia el punto 29."

El punto Y: "Triángulo rectángulo isósceles cavado en una de las paredes verticales de la piedra."

El punto P: "Figura en forma de escuadra, cavada en una posición oblicua en la pared vertical de la piedra."

El punto E: "Triple ranura de cavado irradiante hacia F y 30."

El punto F: "Trazo largo y profundo cavado en la piedra, dirigido hacia el punto 29."

Esta maraña de líneas, de ángulos, de puntos de referencia, recubre el dibujo sencillo y fácil de la Ensenada de los Ingleses, trazando año tras año su red cada vez más complicada sobre estas fanegas de tierra donde mi abuelo vivió casi sin dirigir a otro lado la mirada. Absurdo, inútil trabajo de agrimensur, de geometría, pero ¿puedo juzgarlo yo? Esta tierra no es sólo la tierra. Así han cubierto los hombres la belleza inefable del cielo nocturno lleno de estrellas con los dibujos de sus constelaciones, las divisiones de las horas siderales, los grados de declinación. Entonces aparecieron las figuras míticas del cielo, el Can, el Pez, el Carro, la Serpiente, el Dragón, que decían del deseo de los hombres de comprender el orden secreto del mundo, el destino gobernado por los dioses. Aquí, en la Ensenada de los Ingleses, es un orden distinto el que buscaba mi abuelo, tal vez el de su propio destino. Tal vez ese punto desconocido que al fin haría coincidir su vida con la de aquel misterioso viajero que sólo había dejado a manera de testamento un mapa de este lugar, y cuya aventura le entregaría, más allá de las barreras de la muerte, el tesoro brillante de los mil fuegos de la vida eterna.

En septiembre de 1914, mientras el mundo cae en la primera tragedia universal, él no ve otra cosa, no escucha otra cosa que su búsqueda, y entonces el laberinto alcanzó el colmo de su complicación: "Se trataría, pues, de buscar en los vértices rectangulares de estos triángulos, es decir en el punto 29 o en el punto 30. El agrupamiento y la dirección de convergencia de estos cuatro puntos de referencia (F, Y, G, E) parecen dejar pocas dudas sobre su significación. Por lo demás ya hemos hecho notar que el mojón del punto Z indica la dirección Z-29. Por extensión se podría decir, y por

analogía y por motivos geométricos que tal vez influyeron sobre la intención del Corsario, que los puntos 32 y 37 están indicados a falta del 29. Las exploraciones deberían comenzar, entonces, por los puntos 29 y 30, ser dirigidas desde allí hacia 33 y 31 de modo de abarcar la extensión del triángulo 33-29-31 si debemos creer ciertas indicaciones de los documentos, el tesoro habría sido escondido en el ángulo derecho superior o en el ángulo inferior, a la derecha, en torno al punto 29. Como esto:



Luego anota, con esa precisión que en él también implica humor: "Al hacer estas exploraciones es necesario, evidentemente, tener en cuenta indicaciones dadas por la naturaleza del suelo y no insistir allí donde la constitución geológica implica una imposibilidad flagrante. Sin embargo, no deberíamos apresurarnos a una conclusión, porque es posible que el Corsario, para desalentar las buscas, haya acumulado en el lugar de su escondite piedras destinadas a dar al terreno la apariencia de un antiguo derrumbe natural. El hecho de que dos de sus puntos de referencia (V y Z) estaban disimulados bajo grandes bloques de piedra implica que pudo actuar del mismo modo para el lugar del tesoro."

Así navegaban los Antiguos, bajo la incertidumbre de los cielos cargados de estrellas, con la confianza ciega y con la inquietud de no ver llegar el instante de su propia muerte.

El sueño de mi abuelo es sobre todo el sueño del mar. No el mar como podía verlo en Port-Louis, cuando iba allí para sus negocios: mar lleno de barcos, paquebotes procedentes de Europa o de la India, o meros trasbordadores con su carga de cañas; ruta mercantil más que océano. Ni el mar tan bello y tranquilo de las lagunas de atolón, en Mahébourg, en la punta de Esny, en Poudre d'Or, del lado de la isla de los Ciervos, todas esas orillas de mar a la que se iba (ya) en vacaciones, con los niños y las nodrizas, para pasar unos días de robinsoneo en los campamentos.

El mar que le atrajo, me imagino que lo halló al principio en los libros, en los relatos extraordinarios de los navegantes que había en la biblioteca de su padre, y que debió leer, como yo, desde la infancia: Dumont d'Urville, Bougainville, Jacob de Bucquoy, D'Après de Manneville, el abad Rochon, Ohier de Grandpré, Mahé de la Bourdonnais, Lislet Geoffroy, todos aquellos hombres que recorrían el mundo en busca de tierras nuevas, de islas desconocidas, a riesgo de su vida, una vida que no tenía sentido sino por la aventura. El mar que ellos habían amado, que habían conocido, que los había hecho sufrir, que para algunos había sido la muerte. Cook, Magallanes, en busca del extremo sur, idos hasta los límites del mundo. El mar que había afrontado Francois Leguat con sus compañeros, sobre un bajel de fortuna, para huir de Rodríguez y llegar a la isla Mauricio donde los esperaban los calabozos de los holandeses. El mar que habían atravesado los primeros exploradores de las Mascareñas, cuando cada marino era un héroe: Charles Marie de

Latour, Corentin Pisolot, Albin Marion, que navegaban en el *Zodiaco*, Pierre Marie de Fleury, Michel Dubreuil en el *Afortunado*, Jonchée de la Goletterie en el *Marte*, que navegaba en 1727 a lo largo de Juan de Nova, Perros Banhos, Rodríguez, y luego partía hacia el oeste africano.

El mar que habían fatigado piratas y corsarios durante más de un siglo, conquistando un imperio, en Antongil, Sainte Marie, Diego Suárez.

El mar que había atravesado, poco después de la Revolución Francesa, en un brick llamado la *Esperanza*, mi abuelo Francois Alexis Le Clézio, creyendo varias veces que perecería en las tormentas, acosado por los piratas o por los navíos ingleses, para llegar un día a vistas de la Ile de France donde lo esperaba una vida nueva.

Este es el mar que mi abuelo debió soñar, un mar que es el mismo sustancia de sueño: infinito, inconocible, mundo en que uno se pierde a sí mismo, en que uno se convierte en otro.

El mar profundo, violento, de un azul oscuro más allá de las barreras de coral, de olas altas como colinas móviles que rocían las nubes. El mar pesado y liso de los días anteriores al huracán, sombrío bajo el cielo cargado de nubes, cuando el horizonte está revuelto y humea como al borde de una catarata. El mar casi amarillo del crepúsculo, en verano, capa de aceite sobre la cual pesan estremecimientos en breves círculos; donde se encienden las centellas del sol, sin ninguna tierra que cierre el espacio. El mar como el cielo, libre, inmenso, vacío de hombres y de aves, lejos de los continentes, lejos de las manchas de los ríos, sólo con algunas islas arrojadas al azar, tan pequeñas, tan frágiles que parece que una ola podría sumergirlas, borrarlas para siempre. El mar, el único lugar del mundo donde se puede estar lejos, rodeado de los propios sueños, a la vez perdido y cerca de sí mismo.

Esto es, me imagino, lo que buscaba mi abuelo cuando se hizo al mar por primera vez (hacia 1901 o 1902) para ir a Rodríguez en la goleta *Segunder*, dirigida por el capitán Bradmer.

¿Me imagino también el primer encuentro de mi abuelo con el barco en el que iba a viajar entre Mauricio y Rodríguez durante más de veinte años? Veo una goleta de dos palos con velas áuricas, un *schoonero* o tal vez un mero *ketch* de un palo. Un velero, en cualquier caso, porque en esa época sólo los grandes paquebotes que hacían el servicio entre la India e Inglaterra navegaban a vela y a vapor. Veo el barco de mi abuelo bastante amplio y ventruado, con una proa más bien alzada como las pinazas que hacían cabotaje por las costas. Sin duda lo habían hecho en los astilleros de Port-Louis, o de la Riviere Noire, construido en madera pesada, ponteados sin castillo, sin pasarela, con el puesto de barra ligeramente abrigado por un techo posterior. Los mástiles y los cordajes debieron atraer la mirada de mi abuelo, porque en aquel tiempo el aparejo no era muy diferente del que habían tenido los magníficos veleros de los exploradores, el *Endeavour* del capitán Cook, o el *Astrolabe* de Dumont d'Urville, o bien los barcos de los piratas, el *Victorieux* de La Buse, la *Défense* de Taylor, o el *Flying Dragon* de Coydon.

Me lo imagino bien así: en dos palos *schooner*, con sus velas áuricas sostenidas por dos dobles vergas, y en la proa, suspendidos del bauprés, los tres foques afilados como alas de aves marines, gran foque, pequeño foque, clinfoque. Los

obenques, las drizas, los estays entre los mástiles inclinados hacia atrás, las escotas, las escalas de cuerda que van hasta el estrecho puesto del vigía en lo alto del palo de mesana, toda esa red de cuerdas y de nudos que sostiene el velamen y sabe capturar el viento en su trampa.

El puente de madera brillante y descolorida por el agua de mar, las escotillas levantadas que muestran el interior del buque, la cala sombría y cargada de aromas misteriosos, mezcla de especias, de grasa, de aceite rancio y de humo que contrasta con los relentes de caña de azúcar fermentada que flotan sobre el puerto. La aventura, para mi abuelo, era ya eso, el olor de la cala del *Segunder*, el puente mojado donde se afanaban los marineros indios, comorianos, chinos, la inclinación de los mástiles y la red de cuerdas, la rueda de la barra, con empuñaduras de madera pulidas por la palma de los timoneles, el ruido chirriante del casco contra los topes del muelle y el gemido de las amarras en los bitones.

El *Segunder* era la forma misma del sueño y del viaje, afilado pese a su vientre, elegante como el ave marina que había dado su nombre a los navíos, listo para atravesar el mar hasta las islas secretas donde la leyenda había escondido sus tesoros: Frégate des Seychelles, Perle de Saint-Brandon, Sainte-Marie, Diego García des Chagos, Rodríguez, e incluso ese lugar sobre la costa oeste de la Ile de France que un marinero bretón preso en la Bastilla había señalado en una de sus cartas y que había hecho nacer el sueño: "Allí donde el mar golpea la costa se halla un río. Seguid el río, hallaréis una fuente, y contra la fuente un tamarindo. A dieciocho pies del ramarindo comienzan las obras que ocultan un gran tesoro." Fundándose en esta carta algunos espíritus entusiastas creyeron en la fábula del tesoro de Flic en Flac y llegaron incluso a fundar una sociedad de acciones, llamada Klondyke, que ya había repartido entre sus miembros el deseado botín.

El barco *Segunder*, que mi abuelo encontró entonces en los muelles de Port-Louis, pronto a partir para llevar su carga de mercancías a las islas lejanas del Océano Índico, y para traer las maderas preciosas (raras ya en Mauricio) y los barriles de aceite de copra, ¿no era a la vez la negación y la confirmación de la aventura prometida por tantos papelajos y documentos sospechosos?

¿Cuándo partió por primera vez? En 1903 redacta su texto explicativo sobre el tesoro de Rodríguez, texto que aumentará y corregirá luego, por medio de notas y enmiendas, hasta 1926. Pero su primer viaje a Rodríguez ha debido hacerlo en abril de 1902, en misión oficial, como administrador y magistrado de la isla, hasta junio del mismo año, cuando un tal Hercherroder lo releva en su cargo. En total, hace tres viajes oficiales a Rodríguez: el segundo, de julio a diciembre de 1913, y el tercero, de diciembre de 1918 a abril de 1919. Alfred North-Coombes, que da la lista de los administradores de Rodríguez, muestra un humor no exento de malevolencia cuando anota que las estadías de mi abuelo no se distinguieron por ningún acontecimiento importante, salvo que tuvo que juzgar un parricidio y que esto lo fastidió, por lo cual prefirió transferir al asesino a Mauricio antes que verse obligado a dar una sentencia. North-Coombes añade que este hecho no basta a disipar la impresión del profundo aburrimiento que mi abuelo debió sentir durante sus estadías forzadas en Rodríguez. El cronista inglés no podía imaginar que bajo la apariencia del joven magistrado vestido de negro y de rostro grave se ocultaba un

buscador de quimeras. Y mi abuelo, con el pudor (o la timidez) de los buscadores de tesoros, hizo todo lo que pudo para ocultar la finalidad de sus viajes en el *Segunder* y sus exploraciones obstinadas en el calcinado barranco de la Ensenada de los Ingleses. Los que lo conocían y lo hallaban a veces en el palacio de justicia de Port-Louis, no lo habrían reconocido con sus ropas polvorientas y manchadas de sudor, sin sombrero, con el rostro y los brazos morenos de sol, cuando cavaba él mismo sus agujeros de sonda en el lecho seco del río Roseaux.

Sin duda es esto lo que me atrae en principio, mucho más que la leyenda del tesoro escondido por los rastreadores del mar. Tesoros, después de todo, hay muchos, y también muchos cazadores de tesoros que buscan en vano descubrir el secreto que siempre se esquivo. Pero pensar que este hombre cortés, elegante, profundamente bueno y honrado ha pasado la mayor parte de su vida en perseguir una quimera, que puso en ella todas sus esperanzas —la revancha sobre todos los que lo habían maltratado y arruinado: pagar sus deudas, recuperar la casa de su familia de donde había sido expulsado, asegurar el porvenir de sus hijos—, pensar en esta locura, en este vértigo que sentía mientras recorría el valle solitario en busca de signos y puntos de referencia del "Privateer", pensar en ese sueño constante que era el suyo, que lo roía en el fondo de sí mismo y lo volvía extraño al resto del mundo: esto es lo que encuentro conmovedor, inquietante. Y es lo que deseo comprender.

Recorro el valle de la Ensenada de los Ingleses, yendo de escondite en escondite, y descubro poco a poco las huellas que ha dejado, las cicatrices en las rocas, los bloques que ha hecho rodar o cambiado de sitio, los signos y los símbolos que ha reconocido, que ha hecho suyos: piedras agujeradas, marcadas, rocas señaladas con el triángulo del arganeo, agujeros cavados en la base del farallón del este y que son visibles desde lo alto de la "Cima del Comendador" como cráteres, balcones de piedras que erigió para instalar allí un abrigo improvisado contra el viento y la lluvia, golpes de pala en la base de las rocas que han puesto al desnudo una piedra más seca, más brillante. Mientras atravieso el valle, remontando el curso del arroyo más allá de las últimas granjas, creo por momentos ver las huellas de sus pasos en la arena del lecho o en la tierra polvorienta entre los fragmentos de basalto y de lava.

Es extraña esta mirada de un hombre muerto desde hace tanto tiempo (hace más de medio siglo, mucho antes de mi nacimiento) y que continúa habitando este lugar. La Ensenada de los Ingleses no es un gran territorio. Me es difícil evaluar lo que representa este terreno. En las actas de compra fechadas, una en 1906, otra en 1913, se certifican dos concesiones, una de trece acres y medio, la otra de tres acres, repartidos de cada lado del río Roseaux. Allí pasó mi abuelo lo esencial de su vida, en sueño y en realidad, durante más de treinta años, en este perímetro limitado al este y al oeste por colinas áridas, color de lava, al norte por el pantano y el mar, y al sur por las siluetas de las altas montañas desiertas. Toda su aventura se reducía a estos dieciséis acres y medio de tierra árida, a este arroyo intermitente, a estas colinas de piedras en las que corren los cabritos, a estos matorrales de vacoas, a estos cuantos tamarindos ennegrecidos por el sol. Unos cuantos guijarros, algunas marcas, algunos escombros, matorrales, arena: esto es lo que él ha visto durante todos esos años, un terreno apenas

mayor que un jardín, encerrado en el fondo de un valle, con el peso del sol y del viento que expulsa las nubes en el cielo y, a lo lejos, el mar, como un espejismo de turquesa. Reino de las hormigas, las escolopendras, los cangrejos de tierra —por lo demás acaso sería éste su único hallazgo, como cuenta con humor el único sobreviviente de esa época, el viejo Fritz Castel, que había sido contratado por mi abuelo cuando era todavía un niño para que le ayudara a cavar sus agujeros: ¡al cavar, habían desenterrado un cangrejo de buen tamaño, lo había cocido y lo habían comido!

Sin embargo, cuando estoy aquí, siento lo que este terreno tiene de inagotable. Es un sentimiento extraño, como si estuviera en el mismo tiempo en el fondo del valle y trepado en las colinas de piedra mirando el lecho del río Roseaux. O bien como si, perdido en las malezas hacia la parte alta del valle, allí donde el arroyo no es más que un delgado hilo de agua, viera en el otro extremo, sobre las colinas que dominan el mar, pasar fugitivas siluetas humanas, un temblor de sombras parecido a un espejismo.

Este era el terreno que se había asignado, que se había escogido. ¿Qué le importaba la gente de Maurice, la mirada irónica u hostil de los "burgueses" de Curepipe y de Rempart Stree? La única desgarradura que debió sentir fue cada vez que dejó a la mujer que amaba, y sus hijos, para partir hacia este desierto. Pero aquí, cada piedra, cada lava, cada grieta en las rocas, cada marca del tiempo o cada matojo espinoso tenía un sentido profundo, verídico, estaba cargado de un secreto misterio cuyo llamado sólo él había percibido: entonces se abría para él el valle de la Ensenada de los Ingleses, para él se apartaban las siluetas de las montañas, y esta tierra se hacía tan vasta como el cielo y el mar. Aquí, cada montículo tenía un significado, crecía a la luz de este secreto como una sombra, y su nombre mismo se volvía símbolo: se llamaba el Vigía, la Cima del Comendador, el Pitón. Una grieta en la roca era la huella de una antigua fuente, un brillo en la tierra basáltica, o un agujero en el suelo, eran los signos dejados por el Corsario, y el dibujo de la naturaleza parecía haber sido modelado por entero según el capricho de de aquel hombre —o aquel demonio creador— que había disimulado allí su tesoro.

Pero, ese tesoro, ¿qué era? No era el botín de las rapiñas de algunos predadores de los mares, viejas joyas, abalorios destinados a los indígenas de la costa de los cafres o de los molucos, doblones o rixdales. Ese tesoro era, pues, la vida, o más bien la sobrevivencia. Era esa mirada intensa que había escrutado cada detalle del valle silencioso, hasta impregnar las rocas y los arbustos con su deseo. Y yo, ahora, en el valle de la Ensenada de los Ingleses, volvía a encontrar aquella interrogación que había quedado en suspenso, yo caminaba sobre esas huellas antiguas, sin saber ya si eran las del predador de los mares que dejara allí su memoria, o las de mi abuelo que lo había perseguido.

Con frecuencia he pensado en Jasón, en su busca en la Cólquide, como la cuenta Valerio Flacco. Pensé en ello sobre todo por azar, porque la aventura de los pasajeros del *Argos* me parecía en principio muy diferente de la de mi abuelo. Sin embargo, aquí, en Rodríguez, es donde he sentido mejor todo eso: Jasón errando en busca de un hipotético tesoro, yendo cada vez más lejos, arrojándose a las tempestades asesinas, a los combates, encontrando incluso el amor devorador de Medea, todo eso me parecía más real ahora, en esta isla, gracias a la memoria de mi abuelo. ¿Qué quería Jasón?

¿El poder, el sueño del oro, o la verdad de un cumplimiento mágico? ¿Quién le había conferido ese papel, que lo había lanzado fuera de sí mismo, sobre ese navío de luz cuya proa no deja de avanzar en el cielo? ¿No era la verdad de la aventura, cuando uno mismo se juega en la tirada de dados? Esto y también otras cosas que se llaman la extremidad, el final de las tierras, lo desconocido, la otra vertiente del mundo, el mundo nuevo. Las Estrofas, las costas del Euxin, luego la Cólquide, los límites de la Tierra.

La aventura de mi abuelo era eso: no la busca del vellocino de oro, ni la de los rixdales del pirata, sino la huida ante su destino (como un barco huye de la tempestad), y su propio caer en la trampa (Jasón enviado a una muerte cierta por su enemigo Pelias). Era medirse con lo desconocido, con el vacío, y en los peligros y los días de riesgo y sufrimiento, descubrirse a sí mismo: revelarse, desnudarse. Para mi abuelo abrumado de deudas, amenazado con ser destituido en el cargo de juez (porque un magistrado no debería estar endeudado), expoliado por su propia familia y expulsado de la casa donde había nacido, con su mujer y sus hijos, sabiendo entonces que el horizonte estrecho de Maurice se cerraba en torno suyo, la única aventura era partir, irse al mar, hacia el horizonte, buscar el lugar de su sueño. Era la única aventura, no para olvidar, sino para saber quién era él realmente. Y por eso el fracaso de esta aventura, al final de su vida, lo entristeció de tal manera.

Entonces el encuentro del *Segunder* y del capitán Bradmer era una esperanza, una embriaguez como no la había conocido antes. Aunque no lo quiera, vuelvo a pensar en el navío *Argos*, tal como Minerva mandó construirlo, pronto a aparejarse para su viaje real. Un navío invencible, triunfante, que podía afrontar todas las tempestades, un navío lleno de poder divino. Hecho de encinas de los "sombrios bosques de Pelió" y de largas planchas de pino cortadas por *Argos*, curvadas y pulidas "al calor de un fuego templado". Así fabricaban los barcos en los astilleros de Port-Louis, ajustando las planchas y dándoles la curva del estriave: goletas, tres-palos, ketchs o simples trasbordadores. Evidentemente, el *Segunder* no habría de tener la resplandeciente belleza del *Argos*, navío de luz modelado por dioses. Pero tal vez mi abuelo lo vio entonces, amarrado a los muelles del Puerto, contrastando con la sombra de los árboles de la Intendencia, tal como lo describe el poeta, "triumfante y con la popa dorada", cuando "el sol está declinando". Tal vez pensaba en el momento de partir, cuando el *Argos* se alejó por primera vez de las orillas, "tal como, abrazando contra su pecho jóvenes tigres raptados astutamente a su madre que por un instante los había dejado para buscar alimento en el monte Amanu, huye el cazador rápidamente de los bosques que ha depredado, y espolea su caballo que tiembla bajo su amo: así huye el navío, y las madres, a lo largo de la orilla, siguen con los ojos las blancas velas y los escudos que brillan al sol, hasta que la onda sobrepase el mástil y la inmensidad del espacio hurte la vista del barco".

¿Acaso todas las aventuras no son ésta, la de ese barco que se aleja de las orillas, esas velas que desaparecen tras la curva del mundo? En eso debía pensar mi abuelo, entonces: ser el que desaparece, el que entra en la onda.

El mar es también la promesa de la muerte, la tempestad. Mi abuelo no podía olvidar el ciclón de 1892 que había devastado Maurice e inundado gran parte de la costa con una marejada. El mar de las Indias era también el furor, la

violencia de los elementos. Pero el *Argos* franqueó todas las tormentas: "El cielo está incendiado, el trueno ruge, la noche envuelve el espacio en espesas tinieblas. El remo escapa a las manos. El barco gira, presta el flanco a los golpes de las mugientes olas. Un torbellino se lleva la vela que flota bajo el mástil dislocado." Pero esta violencia era tal vez lo que buscaba, la que da la medida del hombre, la que lo coloca en la mano de Dios. Cada vez que mi abuelo abandonaba su mundo, era para hallar el del viento, el mar, el rayo. Era para encontrar el mundo donde brilla el sol sin abrigo, sin sombra. Cuando toca el otro mundo, en su barranco de Rodríguez, todo se vuelve posible. La magia de la soledad puebla la tierra de fantasmas: Jásón reencuentra al hijo del Sol, siente amor por Medea, combate a los bebricios, los micelos, los hircanianos, que son sombras. El "Privateer" es parecido al dragón que guarda el vellotino de oro, pero nunca mi abuelo lo encontró. Batido por los fantasmas, su *Argos* sólo le daba la nada, un vacío de sol, de viento, de mar. Así termina la aventura, un día, con la vida, y se sabe que ya no haya nada que conquistar. Pero imagino que después de esos treinta años el navío sobre el cual navegaba era un barco de sueño, que viajaba por un mar sin límites, hacia islas en las que cada roca era el signo de un tesoro. *Argos* el rápido, el ligero, el deslumbrante. "El navío fatídico que dirigiendo su curso a través de los escollos engañosos, osó bogar en busca del Faso, en Escitia, y que al fin halló el reposo en el Olimpo iluminado."

Pienso en el cielo nocturno que mi abuelo podía ver cada noche, antes de dormir, ante su campamento de la Ensenada de los Ingleses. Era el mismo cielo que en Moka, o en Rose Hill, y sin embargo debía parecerle muy diferente. Más puro, más nítido, con esa profundidad y esa brillantez que sólo dan los paisajes minerales, como si las rocas basálticas y los bloques de lava hubieran preparado ya el retorno al espacio.

Nada había, en su soledad, que pudiera distraerlo de eso. Cada anoecer la noche se develaba para él, con sus riquezas de estrellas. Aquí era uno de los lugares más próximos al cielo —¿no había sido escogido dos veces para observar el tránsito de Venus? ¿Es por este cielo que pienso tan frecuentemente en la aventura del *Argos*? ¿Cuántas veces ha debido verlo levantarse en el horizonte, por encima de las colinas, al oeste de la Cruz del Sur? Irguiendo lentamente su proa, su corta vela en forma de trapecio hinchada al viento sideral, llevando en sus dos extremos, como fanales, los fuegos de Canope y Miaplácido. Barco eterno, guiado por Minerva y Juno, y que parece derivar sobre la ruta sin fin que va de Sirio a la Cruz del Sur. La más bella constelación del universo, y no puedo impedirme el soñar en la mirada de mi abuelo, en el hueco minúsculo de su Ensenada de los Ingleses, que buscaba tal vez en ella, cada noche, al salir de aquellas jornadas tórridas y vanas, algo como el apaciguamiento de sus deseos insatisfechos y el coraje de ir más lejos en la persecución de su quimera.

